

ODA AL TORREÓN DE LOZOYA

Bienamadas imágenes de Segovia.

En la Plaza de Medina del Campo,
junto a la iglesia románica de San Martín
y la estatua del comunero Juan Bravo,
se encuentra el único lugar del mundo
(este planeta esclavo de la tecnología)
donde los teléfonos móviles
no tienen cobertura:
El torreón de Lozoya.

Si alguien pasa por ahí,
sobre todo en septiembre,
que rece una oración por mí.
Ya sé que nadie reza,
que creer en Dios está mal visto,
pero por si acaso el agnosticismo
no nos ha vuelto a todos
descreídos,
yo se lo pido.

Era un sábado de finales de verano,
después de un tiempo atroz
lleno de guerras,
estaba recién exiliada,
y recuerdo que frente a la altiva torre
amé por primera vez la vida.

La noche olía a jardines
y a conciertos de jazz,
la ciudad afilaba su hermosura,
yo llevaba un vestido nuevo,
las calles se habían llenado
de escritores y premios de arquitectura,
y él besó mis mejillas,
acarició mis arrugas juveniles,
y apagó su teléfono
ante el dulce hechizo de la música.

Después comenzó el baile,
regresamos a Madrid
(esa ciudad nómada),
se acabó la sensualidad,
el tiempo en los jardines,
la celeste oscuridad,
la luna gentil.
El verano había acabado,

comenzó el largo invierno
de internet.

De vez en cuando regresamos al torreón.

Yo ya no soy tan joven
ni busco mundos más cálidos que el mío,
tú ya no tienes
la graciosa timidez de un príncipe,
el teléfono sigue conectado,
aunque allí no funciona,
y la torre convoca, silenciosa,
a todos tus tigres, tus dioses,
tus ángeles y arcángeles;
a todos tus trozos,
todas tus bestezuelas infantiles,
y vuelves a besarme
como si no hubiera envejecido,
como si me siguieras viendo
como la joven de veinticinco años
de la que te enamoraste.

© **Noemí Trujillo Giacomelli**